

MARIA SOBRESALIA

En fé
En pudor,
En piedad,
En silencio.

MARIA NUNCA

Disgustó á sus padres,
ni despreció á los inferiores,
ni hizo burla de los débiles,
ni recibió mal á los pobres.

MARIA TENIA POR REGLA:

No buscar en todo sino
á Dios,
Vivir recogida,
No causar molestia á nadie,
Hacer bien á todo el mundo,
Honrar á los mayores,
No envidiar á los iguales,
Huir la vanagloria,
Amar la virtud,
Seguir en todo la recta razón.

María guardaba la mayor modestia

En el andar,
En el hablar,
En el semblante,

En sus entretenimientos
En su mirar,
En todas sus acciones,

MARIA ESTUVO DADA ENTERAMENTE Á DIOS.

Imitada, para que ella os ame.

VIDA

DE LA

SANTISIMA VIRGEN.

Después de la vida de nuestro Salvador, espejo, regla y medida de toda santidad, debemos poner los ojos en la vida de su purísima Madre, que fué escogida de Dios para la mayor dignidad que puede haber en humana criatura; y para ello fué adornada de los mayores dones y virtudes que á nadie fueron concedidos. Una de las cosas en que Dios más ha declarado la grandeza de su bondad, sabiduría y omnipotencia, es la santidad de

esta Virgen, cuya vida, escrita breve é historialmente, es la que sigue:

La sacratísima Virgen María, Nuestra Señora, fué de Nazaret, ciudad de Galiléa, é hija de padres nobles y ricos. Su padre se llamó Joaquín, natural de Nazaret; su madre Ana, de la ciudad de Belén. Eran los dos de la tribu de Judá y del linaje real de David; Joaquín por vía de Natán, y Ana por vía del rey Salomón, que ambos fueron hijos de David. Estos bienaventurados padres de la Virgen eran de vida santísima, como convenía que fuese el árbol que había de producir tal fruto. Empleábanse en la guarda de la ley con gran cuidado, en ayunos, oraciones y limosnas; repartían sus rentas en tres partes: una gastaban en el cultivo divino y ministerios del templo, otra en los pobres y la otra en el gasto de sus personas y familia.

Habían vivido veinte años casados sin tener hijos, porque Ana era

estéril, y por esta causa estaban tristes y afligidos, y como avergonzados y corridos; porque en aquel pueblo carnal se tenía la esterilidad por un género de oprobio y castigo de Dios; al cual estos santos casados suplicaban con grande instancia, de día y de noche, que les diese fruto de bendición, prometiéndole consagrar á su Divina Majestad el hijo ó hija que les diese. Perseverando en esta oración, un ángel apareció á Joaquín, que estaba en la majada de sus pastores, y le dijo que Dios había oído sus ruegos, y que tendría una hija que se llamaría María, y sería Madre del Salvador del mundo. La misma revelación tuvo Santa Ana en un huerto, en donde vivía apartada. Comunicáronlo entre sí, y hallaron que convenía muy bien lo que el ángel había dicho al uno con lo que había dicho al otro. Dieron muchas gracias al Señor por aquella tan marcada merced, y Ana con-

cibió á la Virgen sacratísima, á los ocho dias de Diciembre, en que la Santa Iglesia celebra la fiesta de su Concepción. Fué concebida sin pecado original, previniéndola Dios con tanta abundancia de gracia, cuanta era razón que tuviese la que era destinada para Madre suya y quebrantadora de la cabeza de la serpiente infernal.

A los nueve meses cumplidos nació en Nazaret esta Niña benditísima, en una casa que tenían sus padres en el campo, entre los balidos de las ovejas y alegres cantares de los pastores. Nació á los ocho de Septiembre, y nueve dias después, que fué á los diez y siete del mismo mes, según la costumbre de los hebreos, le fué puesto el nombre de MARÍA. Dióle el Señor, á lo que algunos Santos dicen, y piadosamente se puede creer, por ángel de guarda á San Gabriel, y á otros muchos ángeles en su ccompañía. Al cabo de ochenta dias fué Santa Ana á Je-

rusalén á cumplir la ley de la purificación, llevando la Niña al templo en sus brazos como un tesoro precioso; y dada por ella la ofrenda acostumbrada de los primogénitos, se volvió con ella á su casa. Siendo ya de tres años, para cumplir el voto que había hecho de ofrecerla al Señor, la llevaron sus padres á Jerusalén, y la ofrecieron en el templo á los veintiuno de Noviembre, con las ceremonias que en semejantes ofrendas se usaban. Declararon al sacerdote el voto que habían hecho, encargándole que tuviese cuenta con su hija, como cosa ya dedicada á Dios, y que la pusiese entre las otras doncellas que le servían, junto al templo, en una casa edificada para este efecto, donde las vírgenes eran sustentadas con las rentas del mismo templo, y, apartadas del ruido y bullicio, podían ocuparse en santos y loables ejercicios, y entrar fácilmente en el mismo templo y hacer oración. Admi-

ró á todos por extremo la belleza y gracia de la bienaventurada Niña, y más la prontitud y alegría con que se despedía de sus padres y se dedicaba al Señor; sacando por aquellos pequeños indicios las grandes y maravillosas obras que Dios había de obrar en aquella que de tan tierna edad había escogido para su servicio.

¶ Fué recibida la santa Niña entre las otras vírgenes con gran regocijo de las demás, y luego comenzó á resplandecer en aquella casa material de Dios, la que era verdadero y espiritual templo suyo. Allí aprendió muy perfectamente á hilar lana, lino, seda y Holanda, cōser, labrar los ornamentos sacerdotales, y todo lo que era menester para el culto del templo, y después para servir y vestir á su precioso Hijo, y para hacerle la túnica inconsútil, como dice Eutimio. Aprendió asimismo las letras hebreas, y leía á menudo con mucho cuidado, y meditaba con

grande dulzura las divinas Escrituras, las cuales, con su alto y delicado ingenio, y con la luz soberana del cielo que el Señor le infundía, entendía perfectamente. Nunca estaba ociosa, guardaba silencio, sus palabras eran pocas y graves, y cuando eran menester; su humildad profundísima, la modestia virginal, y todas las virtudes tan en su punto y perfección, que atraía á sí los ojos, y robaba los corazones á todos; porque más parecía niña venida del cielo que criada acá en la tierra. Ayunaba mucho, y con el recogimiento, soledad, silencio y quietud se disponía á la contemplación y unión con Dios, en la cual fué eminentísima, y el Señor la visitaba y regalaba con sus resplandores y ardores divinos, como á esposa suya, y los ángeles á menudo se le mostraban y conversaban con ella; y algunas veces le traían para comer manjares no aparejados por mano de hombres, sino venidos del cielo.

Vivió en esta manera de vida hasta los once años de su edad, en la cual murieron sus santos padres, muy viejos, casi de ochenta años, sin haber tenido otra hija ni hijo, sino ella.

Estando aquí en el templo, con encendido deseo y amor de la virginidad, que el Espíritu Santo le inspiraba, hizo voto de guardarla perpetuamente, y fué la primera que hizo esta manera de voto y alzó la bandera de la virginidad, y con su ejemplo incitó á tantos y tan grandes escuadrones de purísimas doncellas para que la abrazasen, y por no perderla perdiesen sus vidas, y por esto se llama Virgen de las vírgenes, como maestra y capitana de todas ellas. Porque, aunque es verdad que en el Viejo Testamento algunos permanecieron castos toda su vida, Josué, Melquisedec, Elías, Eliséo, Jeremías y los tres mozos del horno de Babilonia; pero cosa cierta y averiguada es que ninguno, con obligación de vo-

to, prometió á Dios virginidad, y que nuestra Señora fué la primera que, sin ejemplo á quien imitase, le hizo, y se ofreció á Dios; porque esta gloria estaba reservada á esta Señora, que sola había de juntar la flor de virgen con el fruto de madre.

Siendo ya de edad para casarse, pareció á los sacerdotes que la Virgen tomase marido, como lo hacían las demás que tenían edad para ello. Mas como ella entendiese que trataban de casarla, respondió con humildad y modestia que aquello no podía ser, porque sus padres la habían ofrecido á Dios, y ella había hecho voto de perpetua virginidad. Admiráronse todos de oír cosa tan nueva, y trataron si sería bien casarla con algún sacerdote, en cuya compañía perseverase en el servicio del templo; mas esto no tenía lugar, porque, por ser única de sus padres, había heredado, y, según la ley, era forzoso casarse con hom-

bre de su mismo linaje y familia. Acudieron al divino oráculo, y respondió el Señor que todos los que al presente estaban en Jerusalén, del linaje de David, se juntasen, y á quien le cupiese la suerte, éste se casase con ella; y la Virgen tuvo revelación del Señor que obedeciese á los sacerdotes, y que no temiese, porque Él la cuidaría. Cupo la dichosa suerte á José, de la tribu de Judá, natural de Belén, de oficio carpintero, hombre de madura edad, y santo, y que siempre había guardado castidad, y cual convenía que fuese el esposo de tal esposa. Desposáronse, siendo la sacratísima Virgen de trece años y tres meses, y fué entregada á su esposo, para guardar y mirar por ella.

Con esto nuestra Señora volvió á Nazaret, y habitó en la casa de sus padres, que ella, como hija única, había heredado; y estando en Nazaret la Virgen purísima, y llegada aquella hora bienaventurada en que

Dios había determinado vestirse de nuestra carne en sus entrañas, vino á ella el arcángel San Gabriel con aquella tan alta y soberana embajada; y hallándose sola, retirada y suspensa en contemplación, con grande humildad y reverencia la saludó y le dijo: "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, y tú eres bendita entre todas las mujeres." Turbose la Virgen, no por ver el ángel, que no era cosa nueva para ella, sino por verle en figura de hombre, y por las alabanzas que le daba, de las cuales ella se tenía por indigna. Mas el ángel la animó, y declaró el misterio á que venía, y le aseguró que varón no tendría parte en ella, ni su virginidad (de la cual ella estaba tan solícita) padecería detrimento; porque el Espíritu Santo vendría sobre ella, por cuya virtud concebiría al Hijo del Altísimo; y le trajo el ejemplo de su prima Isabel, que, siendo vieja y estéril, había concebido, porque

para Dios ninguna cosa es imposible, y cuando Él es servido, como pare la estéril, puede parir la virgen.

Con esta seguridad, obedeciendo á la voluntad del Señor, y humillándose profundísimamente hasta el abismo de su nada, dió el sí, y consintió en la embajada, diciendo aquellas dulcísimas palabras que alegraron al cielo y santificaron la tierra: "Hé aquí la sierva del Señor: cúmplase en mí su voluntad, según tus palabras." En aquel momento concibió al Verbo eterno en sus entrañas, y fué verdadera Madre de Dios, y de su Padre y Criador, y constituida Reina del cielo y de la tierra, y de todo lo criado.

Acabado este inefable misterio, la Virgen, y ya Madre, movida del mismo Espíritu, que con tanta copia y plenitud de gracias había sobrevenido en ella, se puso en camino para visitar á su prima Isabel, y ejercitar la caridad con ella, y con

admirable ejemplo de humildad, ayudarla, servirla y darle el parabién de la merced que el Señor le había hecho en su vejez con el nuevo hijo, y santificar al mismo hijo con sus palabras. Anduvo aquel largo camino con presteza, porque el fervor de su gran caridad la alentaba y daba fuerzas, y mucho más el Tesoro que llevaba en su sagrado vientre, porque la preñez no le estorbaba. Entró en casa de Zacarías, saludó á Isabel, visitó la mayor á la menor, y saludola primero, antes que Isabel la saludase, para darnos en todo ejemplo de aquella singular humildad con que tanto agradó al Señor. Penetraron las palabras de la Virgen por los oídos de la madre, y llegaron al santo niño Juan, que estaba en sus entrañas, el cual, recibiendo el espíritu de la santificación, y conociendo al Señor del mundo que estaba encerrado en el sagrado tálamo de María, dió saltos de placer, significando con ellos lo que no podía

declarar con palabras. De este movimiento y nuevo regocijo entendió Isabel el nuevo misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, y alumbrada con el espíritu de profecía y luz del cielo, dijo á la Virgen Santísima: “Bienaventurada eres tú entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde merecí yo que la Madre de mi Señor venga á mí?” Y las otras palabras que siguen en alabanza de la Virgen; la cual, reconociendo todas las gracias del Señor, y no atribuyendo ninguna á sí, cantó aquel cántico del *Magnificat*, que está más lleno de misterios que de palabras. Y habiendo estado casi tres meses en aquella casa, santificándola con su presencia, se volvió á la suya en Nazaret.

Aquí pasó aquella grande tribulación, con la sospecha que de ella tuvo el santo José, su esposo; porque viendo él que la sacratísima Virgen estaba preñada, y sabiendo cierto que él no tenía parte en aquel preña-

do, se halló muy turbado y confuso, no sabiendo lo que en caso tan dudoso había de hacer para cumplir con la ley y no infamar á una mujer de tan loables costumbres, y que por ventura no tenía culpa. Y la santa Esposa, aunque veía las olas y afectos varios del corazón de su dulce esposo, y tenía pena de su pena, pero por encubrir el sagrado misterio que Dios había obrado en ella con el velo de la humildad, disimulaba, callaba, oraba y encomendaba su causa á Dios, para que Él pusiese remedio. Oyola el Señor, y envió á un ángel del cielo á José, que le apareció en sueños, y le declaró el misterio, y mandó que tomase á la Virgen, para servirla y acompañarla, y tener cuidado del fruto benditísimo que de ella naciese, á quien llamarían Jesús. Con esta revelación se deshicieron aquellos nublados, cesó la tempestad, y se serenó el corazón de José, y comenzó con mayor acatamiento y reveren-

cia á seguir aquella Virgen, que antes tenía por santa y ahora conocía por Madre de Dios. A la cual, estando ya en los nueve meses y vecina al parto, se le ofreció otro trabajo de un largo camino, que en tiempo de invierno y frío hubo de hacer con su esposo, de Nazaret á Belén, para cumplir con el edicto del emperador Octaviano, que había mandado que todos los sujetos á su imperio se empadronasen cada uno en la ciudad donde había nacido; y como José era natural de Belén, fué necesario ir allá para cumplir con este mandato. Pasaron los santos esposos en este camino mucha incomodidad y trabajo, á causa de ser el camino largo, el tiempo recio, su pobreza mucha, la Virgen Santísima de poca edad y delicada, y ya en días de parir, la cual llevaba con admirable sufrimiento y alegría todas aquellas molestias, porque tenía en sus entrañas la dulzura y regalo del mundo.

Llegaron á Belén, y no hallaron quien los albergase. Recogióronse á una cueva que estaba fuera y pegada á los muros del pueblo, donde se solían acoger las bestias y pobres caminantes; y en aquel vil y desabrigado establo parió la Virgen á Dios encarnado, y habiéndole envuelto en los pañales que para este efecto llevaba, le reclinó en el pesebre, adorándole como á Dios, y reverenciándole como á Señor, y besándole como á hijo. A los ocho días del nacimiento se hizo la circuncisión en el mismo portal donde estaba, y el ministro de ella, dice el bienaventurado San Bernardo, fué San José, y entonces se le puso el nombre de Jesús y Salvador que el ángel había publicado y traído del cielo. Vinieron después los Reyes Magos, guiados de la nueva estrella, y adoraron al doncel y á la doncella, al Hijo y á la Madre, declarando con sus dones de oro, incienso y mirra, lo que de aquel niño

tierno y Dios eterno creían. Cumplidos ya los cuarenta dias del sagrado parto, vino la Reina de los ángeles á Jerusalén para obedecer á la ley que Dios había dado de las paridas, y para presentar su Hijo primogénito al Señor en el templo, y rescatarle con cinco siclos, como lo mandaba otra ley de los primogénitos. Aquí tuvo nuevas causas de alegría y de tristeza, de consuelo y de dolor, porque por una parte vió que la gloria de su benditísimo Hijo comenzaba á manifestarse al mundo, y que aquel santo viejo Simeón le había tomado en sus brazos, adorándole y reconociéndole por luz de las gentes y ornamento y gloria del pueblo de Israel; y aquella venerable y anciana profetiza Ana le había magnificado y hablado altamente de sus grandezas y maravillas, lo cual todo era materia de gozo y alegría; mas por otra parte atravezó su corazón un cuchillo de dolor, cuando oyó decir al santo

viejo Simeón aquellas palabras: "Hé aquí este Niño, puesto como blanco, á quien el mundo ha de hacer contradicción, y muchos han de caer y levantarse por Él en Israel; y tu alma será traspasada de un cuchillo de dolor, para que se descubran los secretos de muchos corazones de los hombres". Con las cuales palabras se echó acibar en los placeres de este dia; y todo aquel gozo se aguló con temor y sobresalto, el cual comenzó á crecer, porque, acabada aquella ceremonia y solemnidad de la purificación de la Virgen, fué necesario aprisa huir á Egipto para escapar el Niño de las manos del impío rey Herodes, el cual le procuraba matar. Mas el ángel apareció en sueños á José y le mandó que luego se levantase y tomase al Hijo y á la Madre y se fuese á Egipto, y que allí estuviese hasta que fuese avisado. Y José lo hizo así, y por caminos apartados y desiertos, con gran trabajo é incomodi-

dad y solícito cuidado, hicieron aquella larga jornada y llegaron á Egipto, y habitaron en un lugar que ahora llaman Matarca, entre Heliópolis y Babilonia, tres leguas de Babilonia y cuatro de Heliópolis.

Aquí pasaron la vida con gran necesidad y pobreza, por ser extranjeros y no conocidos, y no con menor pavor y sobresalto; porque aunque estaban muy confiados que el Señor guardaría aquel Niño, todavía el amor era causa del temor, y no les dejaba reposar. Pero lo que más affigía á la Virgen era ver la ceguedad de aquellos pueblos en que vivían, los cuales, dejando á Dios verdadero, adoraban por dioses á las obras de sus manos, y al cocodrilo y á las serpientes y otras sabandijas, y en ellas á los demonios, que los traían engañados. Estuvieron en Egipto hasta la muerte de Herodes, y por mandado del mismo ángel que antes había aparecido á José, volvieron á su tierra

é hicieron su asiento y morada en la ciudad de Nazaret, de donde venían cada año á Jerusalén á visitar el santo templo del Señor.

Siendo ya el Niño de doce años, y habiendo venido, como acostumbraba, con sus padres al templo, se quedó en él sin que ellos lo entendiesen; y buscándole tres dias con grandes sollozos, suspiros y lágrimas, al cabo le hallaron en el templo entre los doctores y sabios, proponiéndoles dudas y respondiendo á las que ellos proponían. Viéndole así la dulcísima Madre, dijo al Niño benditísimo: “¿Hijo, porqué lo habeis hecho así, sabiendo que vuestro padre y yo con grande dolor os buscábamos?” Y el Señor respondió: “¿Para qué me buscabais? ¿No sabiais que me tengo de ocupar en las cosas que tocan al servicio de mi Padre?” Las cuales palabras, aunque los circunstantes no las entendieron, la Virgen las notó y guardó en su pecho para rumiarlas,